

Teorías de la Psicología y *Filosofía de la Mente*

La aparición en el horizonte del pensamiento de lo que se conoce como la ‘segunda filosofía’ de Ludwig Wittgenstein ha permitido echar luz sobre muchos enredos filosóficos y trazar algunas distinciones nuevas, las cuales virtualmente son de interés y utilidad para los científicos y sus respectivas disciplinas. Para empezar, creo que sería útil reconocer la existencia de dos grandes grupos de filósofos. Tenemos, así:

- a) el grupo de quienes discuten o crean *puzzles*, esto es, problemas insolubles, y
- b) el grupo de quienes intentan neutralizar (aclarándolas) las afirmaciones de los colegas del primer grupo.

Es obvio que el primer grupo de filósofos aludido es, con mucho, el más nutrido, el más numeroso. Sus miembros ejemplifican, en sus diversos niveles y gamas, lo que podríamos llamar el “filósofo convencional” o, si se prefiere una manera impersonal de hablar, el “modo tradicional de hacer filosofía”. Las características fundamentales de dicho modo de practicar la filosofía son de sobra conocidas. Podemos enumerar como propios de él, por ejemplo, los siguientes supuestos:

- a) hay genuinos problemas en filosofía
- b) en filosofía es posible el progreso
- c) las respuestas filosóficas son relevantes para la ciencia
- d) la función del filósofo es elaborar teorías.

Concentrémonos momentáneamente en la filosofía así entendida y practicada (*F-1*) y, en particular, en su relación con los científicos. Habría entonces que decir de inmediato que, de modo explicable, los hombres de ciencia se han visto llevados a desarrollar, a lo largo de la historia, una actitud un tanto ambivalente frente a ella. Esta ambigüedad se manifiesta en un movimiento contradictorio de atracción y repulsión. Por una parte, los científicos, debido por lo menos parcialmente a la naturaleza misma de su trabajo (concentración en un tema concreto, avance gradual gracias a la aplicación de métodos experimentales, desarrollo de trabajo básicamente comunitario, etc.) se sienten un tanto desconcertados y (¿por qué no decirlo?) acomplejados ante las magnitudes de las empresas filosóficas, en las que se estudian cosas tan diversas y tan excelsas como la naturaleza del Bien, la existencia de Dios,

el sentido de la historia y de la vida, la estructura del pensamiento, las variedades del Ser, etc. Por otra parte, empero, la falta casi total de resultados útiles, “concretos” y efectivos y el carácter operativo casi nulo de las disquisiciones filosóficas tienden rápidamente a transformar la atracción y el respeto originales en lo que a menudo es un abierto menosprecio. Podríamos citar aquí múltiples ejemplos de ello, pero no es ese nuestro objetivo. Mi interés es más bien mostrar que esta actitud está plenamente justificada si lo que se tiene en mente es lo que llamé *F-1*, pero que no podría tener aplicación a la filosofía practicada y producida por los filósofos del segundo grupo mencionado más arriba. Llamaré a la filosofía practicada por estos últimos *F-2*. Ahora bien, un caso que ejemplifica a la perfección la situación que he descrito es, pienso, el caso de la psicología. El examen de esta ciencia desde nuestra perspectiva requiere, sin embargo, de unas cuantas aclaraciones previas.

Mi punto de partida será una constatación de orden empírico, esto es, pretende ser algo tan obvio que nadie lo cuestione ni sienta deseos de ponerlo en tela de juicio. Sostengo, pues, que el trabajo científico real (y en particular el de la psicología) es independiente, lógica y tácticamente, de la especulación filosófica propiamente dicha. Estoy convencido, en efecto, de que si hubiera sido forzoso esperar a que los filósofos se pusieran de acuerdo siquiera respecto a, por ejemplo, el objeto de estudio mismo de la psicología, sencillamente no habría psicólogos todavía y no existiría tal cosa como la psicología operativa que de hecho conocemos. Los filósofos (al igual que los psicólogos en sus momentos filosóficos) han hablado de la psicología como de una ciencia que tiene como objeto proporcionar teorías, *inter alia*, de la mente, de la conducta, del aprendizaje, de la personalidad, del ego, de funciones y propiedades emergentes del cerebro, etc.; han equiparado a la psicología con la física, con la literatura, con la religión, con la tecnología, siempre destacando similitudes, apuntando diferencias, produciendo contraejemplos sin llegar (por lo menos hasta ahora y yo diría que ahora menos que nunca) a acuerdos generales concernientes a los métodos usados (observación, introspección, mediciones, encuestas), a la estructura de las teorías psicológicas, los alcances de las explicaciones en psicología, la lógica del lenguaje psicológico y así sucesivamente. Por fortuna, como dije, los hombres de ciencia no creyeron que fuera indispensable esperar para desplegar su trabajo: los esquizofrénicos son (con éxito en muchas ocasiones) tratados, niños que padecían, *e.g.*, dislexia han sido curados, se selecciona cada vez con mejores resultados el personal de fábricas, de tiendas, de hospitales y demás centros de trabajo, se mejoran los procedimientos de enseñanza en las escuelas, etc. Estos son efectos del trabajo psicológico real. Ahora bien, nada de esto habría sido posible si hubiera sido necesario esperar a que los filósofos practicantes de *F-1* buenamente proporcionaran sus definiciones y transmitieran sus resultados. Lo que todo esto pone de manifiesto es que es perfectamente posible que los científicos (tanto sociales como naturales y formales) realicen progreso en sus

respectivas áreas sin por ello tener una idea clara de qué es lo que están haciendo. En otras palabras, y como bien lo señala Ludwig Wittgenstein al final de sus *Investigaciones Filosóficas*, la coexistencia de investigación empírica y de graves confusiones conceptuales es algo perfectamente posible. La filosofía tradicional, esto es, *F-I*, en general equiparada, de uno u otro modo, a las ciencias (independientemente de la metáfora que se use: super-ciencia, madre de las ciencias, fundamento de las ciencias, etc.), no contribuye más que a agravar dicha confusión. Ello se hace de muy diversos modos. Tal es, de modo patente, el caso de la tradicional filosofía de la psicología. Parte de mi labor en este trabajo será precisamente denunciar esta deficiencia.

Uno de los sueños más caros a los filósofos de todos los tiempos ha sido el de elaborar una teoría unificada del conocimiento y de la realidad. Esto explica por qué los filósofos han favorecido, hasta donde ha sido factible, toda clase de reduccionismos: de unas entidades a otras (por ejemplo, de objetos materiales a colecciones de *sense-data*, de proposiciones a oraciones, etc.) o de cierta clase de enunciados a otros (*e.g.*, de enunciados acerca de procesos mentales a enunciados acerca de funciones y estados cerebrales, de enunciados matemáticos a enunciados de lógica, de enunciados de ética a enunciados de psicología y así sucesivamente). En el caso de la teoría del conocimiento, es indudable que la lógica ha operado como el ideal indiscutible y a emular en todos los contextos. Bertrand Russell es un ejemplo formidable de este enfoque: su intento original (tal como quedó plasmado en su extraordinario libro *Los Principios de las Matemáticas*) consistía ni más ni menos que en demostrar que las matemáticas eran una prolongación de la lógica y, asimismo, que ciertas ramas de la física podían ser examinadas desde un punto de vista estrictamente matemático (la dinámica racional, por ejemplo, la cual habría de contener una teoría formal de la materia). Así, se podría en principio pasar del campo de las incuestionables verdades de la lógica al de las ciencias empíricas y avanzar quizá, paulatina pero decididamente, hasta el terreno de las verdades de la ética y de la religión. El programa original de Russell (aniquilado por su propio descubrimiento de que la teoría de las clases contenía una paradoja) es, sin duda alguna, uno de los más ambiciosos jamás concebido. Otro caso de corriente filosófica imbuida de un espíritu unificador es el del positivismo lógico (en gran medida un subproducto del sueño filosófico de Russell). Ahora sabemos que como programas filosóficos ambos fracasaron, pero ¡cuál no sería su fuerza y su impacto que los ideales que en ellos encarnaron siguen en general, consciente o inconscientemente, vigentes! Tal vez ya no pueda seguir sosteniéndose, por un sinnúmero de razones, que el conocimiento forma un “todo orgánico”, pero sí se puede seguir manteniendo el ideal de la unidad de la ciencia y del conocimiento en ámbitos circunscritos y limitados. Por ejemplo, parecería que puede sostenerse con plausibilidad que, por lo menos en el terreno de las ciencias empíricas, el ideal y las

estrategias a seguir los establece la física. Las diversas disciplinas, puede sostenerse y de hecho así ha sucedido, son científicas en la medida en que se asemejan a ella. Por su alto grado de matematización, el carácter axiomatizado de muchas de sus teorías en muchas de sus ramas, la exactitud de las predicciones a que da lugar, la ausencia casi total de elementos personales, etc., la física representa a los ojos de muchos filósofos y de muchos científicos el modelo de ciencia por excelencia en lo que a rigor, explicaciones, métodos, lenguaje, etc., atañe.

Ahora bien, al menos para la psicología, este enfoque y la influencia de la física que de él se deriva han sido sumamente perniciosos, pues el no reconocer diferencias fundamentales entre las diversas ciencias genera confusión conceptual y, por ende, propicia la incompreensión de lo que se hace. Debería ser obvio que nociones como las de rigor, exactitud, precisión, aclaración, ideal, etc., son nociones que cambian de sentido en función del contexto en que se apliquen. La exactitud en pintura cubista o impresionista o en historia es algo muy diferente de la exactitud propia de las ecuaciones, pero ello no nos incapacita para hablar de cuadros impresionistas o cubistas más exactos unos que otros o de explicaciones históricas mejores (en el sentido de exactas) unas que otras. De lo que habría que percatarse es sencillamente de que los paradigmas de exactitud cambian y no son aplicables de modo indiscriminado. En física, en donde se tiene relativamente bien delineado el campo de estudio (podría decirse, tal vez, que la física es el estudio de la materia bajo todas sus formas), es posible determinar con relativa facilidad qué pasa por una explicación rigurosa de un fenómeno, pero la explicación de ello radica en que el modo de determinación de los objetos de su universo de discurso es sumamente simple y éstos entonces resultan ser, por ende, fácilmente manipulables. Un objeto de la física, en efecto, es un objeto que tiene que satisfacer, fundamentalmente, condiciones de espacio-temporalidad y de movimiento. Para su manejo y comprensión, por lo tanto, el lenguaje de las matemáticas es prácticamente el único relevante. Esto simplifica enormemente las nociones de explicación rigurosa y de lenguaje preciso. Pero, repito, lo que hace posible esto es la excesiva simplicidad de (recurriendo a la terminología del *Tractatus*) las propiedades formales de sus objetos.

Nada de lo que hasta aquí se ha dicho es particularmente sorprendente. Lo que sí lo es, en cambio, es el que se haya argumentado con fuerza en favor de la propuesta de erigir a la física en modelo para el resto de las ciencias y que se haya pensado que era factible traspasar sus mecanismos e ideales a otros contextos de investigación empírica. Es obvio *ab initio* que, por lo menos en el mundo de las ciencias sociales, casi no es factible y es teóricamente inútil tratar de determinar a sus objetos del modo más simple posible, que es justamente lo que se pretende hacer en la física. En el caso de la psicología, es intuitivamente claro que sus objetos de

estudio, a saber, las personas, sólo para efectos de manipulaciones muy primitivas o prosaicas, en las que la individualidad no es lo que cuenta (en casos de reclutamiento, *e.g.*), es posible aplicar métodos matemáticos para su tratamiento. Pero debería también quedar claro que, en la medida en que ello se logra, se abandona el terreno de la psicología propiamente dicho. En verdad, casi podría afirmarse que el valor explicativo de las teorías psicológicas es inversamente proporcional a la simplicidad del modo como se definan sus objetos de estudio.

En relación con las personas, podemos apuntar a por lo menos tres características que hacen que la ciencia que de ellas se ocupa, esto es, la psicología, sea necesariamente una ciencia compleja, en un sentido en que las ciencias naturales no lo son. Estas características son el que sean seres vivos, el que sean seres lingüísticos y, por ende, el que sean seres pensantes. El rasgo que me interesa destacar en conexión con esto es simplemente la multiplicidad de formas que reviste cada una de dichas características. No hay un sentido claro que permita afirmar, desde estos tres puntos de vista, que los seres vivos están “programados” (al modo como lo están, digamos, máquinas, computadoras, etc.). El conjunto de reacciones que puede desplegar un ser vivo en una misma o en diversas circunstancias es prácticamente infinito. Por ejemplo, en una situación de peligro un ser vivo (y a *fortiori* uno humano) puede luchar, intentar huir, llorar, quedarse petrificado, etc. Lo mismo acontece con el uso del lenguaje: no hay tal cosa como “la descripción” de una situación dada: hay siempre toda una variedad de posibilidades de descripción. Finalmente, es obvio que tampoco en el terreno del pensamiento (usando la noción con liberalidad) podemos hablar de dependencia o de determinación frente a circunstancias concretas, situaciones específicas, etc. En una situación dada, por la mente de un individuo puede pasar un número indeterminado de ideas y es perfectamente posible que ninguna de ellas pueda ser inferida a partir de la descripción de la situación.

En relación con las características mencionadas (ser vivo, ser lingüístico, ser pensante) es preciso hacer algunas observaciones. No de todo lo que se mueve decimos que es un ser vivo, sino sólo de aquello que de alguna manera se parece por sus movimientos a los humanos. Por otra parte, los movimientos que nos interesan tienen, evidentemente, que involucrar el cuerpo, sólo que no nos interesan aquellos movimientos que pueden ser considerados como meros movimientos de cuerpos. De dichos movimientos se ocupa la física, la biología o cualquier otra ciencia natural. Por ejemplo, de la contracción de músculos faciales se puede ocupar la medicina, pero ninguna rama de la medicina podría ocuparse del reír. Así, los movimientos humanos pueden dividirse en dos grandes grupos: los meramente corpóreos o físicos y los propios o distintivos de seres vivos, lingüísticos y pensantes, esto es, de personas. ¿Hay acaso algún modo de distinguirlos en el pensamiento mediante

alguna categorización particular? Yo creo que sí. En mi opinión, la característica primordial de los movimientos físicos humanos (*i.e.*, no los meramente orgánicos) es que tienen **significado**. Lo que esto quiere decir es, entre otras cosas, que están cargados de pensamiento (en un sentido amplio del término). Se trata, por consiguiente, de movimientos contextualizados y socializados.

Es para dar expresión y describir los movimientos que no son meramente corpóreos que se conformó lo que podríamos llamar el ‘lenguaje psicológico’. Este cubre toda una variedad de fenómenos, estados, procesos, etc. Incluimos dentro de ellos cosas tan diferentes como creencias, voliciones, deseos, juicios, expectativas, recuerdos, etc. Como acuerdo meramente lingüístico, diremos que todo aquello que afecta a una persona pero que no puede reducirse a procesos meramente físicos es un evento, proceso, estado, etc., psicológico. Una primera idea que dogmáticamente daré por sentado en este trabajo y que me servirá de punto de partida para lo que será propiamente mi reflexión, es que para la adscripción a otros de creencias, deseos y demás estados psicológicos disponemos de criterios (en el sentido técnico y estricto como Wittgenstein introdujo esta noción en la filosofía). Un segundo punto importante que daré por supuesto es que el paradigma de lo que es ser sujeto de predicados psicológicos es el ser humano, la persona. Si a seres no humanos (animales, marcianos, máquinas) podemos atribuirles sensaciones, pensamientos, voliciones, etc., es porque logramos verlos en situaciones semejantes a las situaciones que nosotros creamos y porque detectamos en su conducta rasgos propios de las nuestras (piénsese en, por ejemplo, una quemadura, una cortadura, etc.).

Parecería, pues, que estamos capacitados para afirmar que la psicología es el estudio de los fenómenos mentales (en el sentido de ‘no físicos’), sin que esto prejuzgue en lo más mínimo nuestra posición respecto a su *status*. Sobre la base de lo que hemos dicho no se nos puede atribuir todavía ninguna creencia determinada sobre la naturaleza de lo mental. La expresión ‘lo mental’ nos sirve únicamente para referimos a fenómenos propios de los seres humanos y que no son estudiables o investigables por ninguna de las ciencias naturales (aunque, como veremos más abajo, hay fuertes conexiones entre los resultados de ciencias como la neurofisiología y los de la psicología). Empero, antes de seguir adelante, es imprescindible introducir otra noción wittgensteiniana, sin la cual, creo yo, no se entiende cabalmente qué es la investigación y el trabajo en psicología. Esta es la noción de ver como.

No es mi propósito hundirme aquí en una labor de exégesis de la obra de

Wittgenstein.¹ Me interesa más bien hacer uso de la noción en cuestión. A grandes rasgos, la idea de Wittgenstein es simplemente que inclusive nuestra percepción (no digamos ya nuestros recuerdos, aspiraciones, etc.) está contaminada de conceptos. Es simplemente falso que nuestro campo visual se componga de una multitud de manchas, organizadas mediante ciertas estructuras abstractas y que sólo después de haberlas organizado de determinado modo hablemos de los “objetos” tal como los nombramos. Cuando uno ve una vaca uno ve una vaca, no manchas blancas y negras estructuradas de cierto modo. Nuestra experiencia visual es de una vaca, lo cual presupone el recurso cognitivo al concepto de vaca. A eso que se ve se le ve como vaca, no como una multitud de *minima sensibilia*. Nuestra experiencia visual es de los objetos **como** esto o **como** aquello, esto es, nunca es “pura”, de objetos simples. La noción de ver como es, pues, de gran utilidad en teoría del conocimiento, pero creo que puede serlo también en la filosofía de la psicología. La verdad es que nosotros no vemos cuerpos: vemos hermanos, parientes, amigos, enemigos, etc. Es decir, nos relacionamos con los individuos como padres, hijos, tíos, maestros y así sucesivamente. Es por eso que los enfoques propios de las ciencias naturales son aquí absolutamente insuficientes y ello no por una desafortunada contingencia, sino por principio. Cuando el ser humano pretende estudiar a otros seres humanos desde un punto de vista que no es meramente corpóreo (para lo cual la física bastaría), tiene que concebir a sus objetos de estudio **como** seres vivos, lingüísticos y pensantes. Y esto, naturalmente, cambia las reglas de investigación.

La psicología es, pues, el estudio de la mente, queriendo esto decir de lo no-corpóreo (en lo que atañe a las personas, las cuales son vistas como seres vivos, lingüísticos y pensantes). Ahora bien, ya vimos que no hay ni puede haber una determinación unívoca, partiendo de lo meramente físico, de las manifestaciones de la vida, el uso del lenguaje y el recurso del pensamiento. La persona, por lo tanto, es un ser que puede ser estudiado desde muy diversas perspectivas: como ser que se relaciona con otros, como una unidad psico-física, como un ser político, etc. Es decir, el carácter polifacético de las personas (hay un número indeterminado de verlas y concebirlas) implica que no haya ni pueda haber una única teoría en psicología, como sí puede en cambio haberla en física (por ejemplo, hay la teoría del movimiento de los cuerpos o la teoría de la gravitación universal o la teoría de los colores, etc.). Qué teoría se desarrolle de “lo mental” dependerá de cómo se quiera o se requiera conceptualizar a las personas. Esto explica lo que en general se interpreta como falta de acuerdo teórico en psicología. Sería útil ahora hacer ver por qué ese desacuerdo y las disputas que ocasiona son el resultado más que de genuinos conflictos empíricos de incomprensiones o de divergencias conceptuales.

¹ Véase mi artículo “La experiencia visual y la noción de ver como” en mi libro *Lenguaje y Anti-Metafísica* (México: INBA/Interlínea, 1994).

No estará de más recordar que, al igual que de hecho sucede en cualquier otra disciplina, el lenguaje de la psicología es un lenguaje que brota del lenguaje natural. De este contagio ni siquiera la física está exenta (piénsese en, por ejemplo, nociones como fuerza, choque, atracción, partícula, etc.). Nociones como deseo, voluntad, afecto, sentimiento, emoción, imagen, estado de ánimo, creencia, actitud, intención, etc., son conceptos que tienen su origen en el lenguaje natural. La psicología los retoma y, en los casos en que se logra articular una teoría de modo particularmente apto o exitoso, los redefine. La comprensión de una teoría psicológica requiere, por consiguiente, una tarea previa de aclaración conceptual, tarea que en general los psicólogos no realizan (entre otras razones porque no es parte de su trabajo). Por otra parte, es obvio que no se podría en un ensayo como este intentar ofrecer aclaraciones de todos los conceptos útiles o usados en la psicología (además de que también aparecen en ella términos teóricos, cuya gramática es distinta). Me limitaré, por lo tanto, a algunas observaciones generales y a proporcionar algunas ilustraciones de lo que afirmo.

Algo que parece innegable es que, por las razones hasta ahora aducidas y otras que podrían añadirse, los conceptos de la psicología son conceptos de semejanzas de familia. En otras palabras, no existe tal cosa como la esencia del deseo, de la creencia, de la esperanza, etc. Decimos de alguien (un niño, por ejemplo) que ha aprehendido, verbigracia, el concepto de deseo cuando aplica la palabra de modo correcto y cuando reacciona de modo adecuado ante su emisión. Pero ¿qué es lo que el usuario ha aprendido cuando se dice de él que ha aprehendido un concepto? Fundamentalmente, lo que ha aprendido es a discernir situaciones, a distinguir experiencias, a detectar contextos en los que se puede (y se debe) aplicar la palabra en cuestión. En el caso de ‘deseo’, el usuario enriquece su lenguaje y, por ello, sus posibilidades de expresión, cuando es capaz de exclamar, por ejemplo, ‘quisiera que mi madre viviera para que viera esto’, de preguntar o responder ‘¿desea jugo de zanahoria o de naranja?’, de afirmar ‘La pregunta “¿qué es lo que más deseas en la vida?” no tiene sentido’, de sugerir ‘no desees a otros lo que no quieres que te deseen a ti’, y así indefinidamente. Pero, como los ejemplos mismos lo ponen de manifiesto, difícilmente podría señalarse algo en común en todos los casos de aplicación de ‘deseo’ y sus derivados. Si alguien hace un mal uso del término, es decir, no reconoce los límites de aplicación del concepto, simplemente se le corrige.

El que nuestros conceptos no sean usados como lo son los conceptos de cálculos formales no quiere decir que no haya usos paradigmáticos. No hay nada mal en reconocer esto, siempre y cuando no sea en detrimento de los usos restantes, los cuales son también perfectamente legítimos. Lo que en general sucede en los inicios del desarrollo de las ciencias es que se elige uno de los múltiples usos y se le

considera como el que recoge de manera esencial el contenido del concepto. Considérese el concepto de persona y todos los conceptos con ella asociados. Puede entonces afirmarse que las teorías de la psicología son el resultado de elecciones, de jerarquizaciones de las notas del concepto, así como la manifestación del eterno deseo de unificar y de darle contornos matemáticos a nuestros conceptos. Esto requiere ciertas aclaraciones.

Es obvio que un modo de ver a las personas consiste en considerarlas sobre todo como seres vivos, esto es, como seres que actúan y reaccionan. El que esta sea la característica que nos interesa destacar significa solamente que dicho rasgo es el que se ha elegido para constituir nuestra plataforma conceptual, sobre la base de la cual se podrá posteriormente, primero, intentar organizar el resto de las nociones asociadas con “persona” y, segundo, iniciar la investigación empírica, con miras a establecer generalizaciones, leyes, hacer predicciones, etc. Ver a los seres humanos sobre todo como seres que actúan y reaccionan equivale a considerarlos ante todo como entidades que se manifiestan a través de su conducta. Esto implica que creer, odiar, desear, recordar, imaginar y demás conceptos psicológicos tenderán a ser interpretados en términos de este rasgo fundamental, *i.e.*, en términos de la conducta. Nada de aquello que escape a la red constituida por la noción de conducta (en un sentido amplio) podrá pasar por tema relevante para la psicología. En relación con la conducta se puede hacer un sinnúmero de cosas: hacer mediciones de toda clase, establecer correlaciones entre acciones y reacciones, predecir reacciones, señalar preferencias, etc. Si el rasgo fundamental elegido es heurísticamente rico, la psicología que engendre será teóricamente fructífera. Tal es, evidentemente, el caso del conductismo. No obstante, nosotros sabemos *a priori* que hay límites en el poder explicativo de esta teoría, por la sencilla razón de que está fundada en una elección, a saber, la del rasgo de las personas como seres vivos que actúan y reaccionan.

Tomemos otro ejemplo de teoría de la mente: el del psicoanálisis. En la medida en que la teoría no tiene una estructura clara es difícil apuntar al rasgo que se considera distintivo de las personas. No hay, por otra parte, ninguna razón para pensar que las teorías psicológicas tienen que estar fundadas en un rasgo de las personas. Pueden ser varios. En el caso del psicoanálisis, empero, es claro que el ser humano es visto por lo menos a través del prisma de la sexualidad: el ser humano es visto como un ser eminentemente sexual, es decir, como un ser que desarrolla conductas, actitudes y demás, explicables ante todo en términos de pulsiones, apetitos, pasiones, frustraciones, etc., sexuales. De nuevo, desde esta perspectiva se intentará dar, primero, una interpretación del resto de los conceptos psicológicos y, segundo, efectuar una labor “empírica”. Dadas las características del enfoque psicoanalítico, se tenderá a ver en la persona una cierta unidad, caracterizada desde el punto de vista de sus relaciones con tan sólo unas cuantas personas (madre y

padre, fundamentalmente). Aquí, por lo tanto, ya no se tratará de efectuar mediciones, como en el caso de la psicología basada en el modelo “estímulo-respuesta”. Son otras las nociones que automáticamente adquieren relevancia, como por ejemplo las de tendencia, perversión, deseo innato, etc. Este enfoque genera automáticamente cierto tipo de investigación psicológica, el cual puede inclusive ser incompatible con los de otras escuelas: es perfectamente comprensible que los resultados alcanzados gracias a la aplicación de ciertas teorías no puedan quedar inscritos dentro de los marcos teóricos conformados por otras. Pero lo importante es notar que no se trata de incompatibilidad empírica, sino más bien de un fenómeno de inconmensurabilidad conceptual: desde el arranque se optó por ver a las personas de modo diferente. Obsérvese tan sólo que esto es algo perfectamente legítimo, puesto que está permitido por el lenguaje natural mismo.

Es evidente que no cualquier propuesta para ver al ser humano puede servir como fundamento de una teoría psicológica. Hay modos de verlo que sencillamente no son operativos o funcionales, por más que sean sumamente interesantes o sugerentes (esto es, creo, lo que sucede con, por ejemplo, la analítica existencial de Martín Heidegger). Ahora bien, una vez estructurada la teoría, es decir, una vez introducidas las nociones primitivas, enunciados los métodos de trabajo, establecidas las tesis centrales, la clase de diagnóstico que se ofrece, etc., entonces quedan automáticamente fijados los objetivos por lograr y los criterios para decidir si han sido alcanzados o no. Esto parece implicar que nociones como las de rigor, exactitud, éxito, etc., tienen un sentido relativo a la teoría de que se trate. Recurriendo a la doctrina de Frege, podríamos tal vez decir que términos como ‘rigor’, ‘exactitud’, etc., tienen el mismo sentido en todas las teorías, pero diferentes referencias. Así, por ejemplo, en el caso del conductismo, dado que de lo que se trata es ante todo de estudiar la conducta de los humanos a fin de controlarla, se excluye como irrelevante para la ciencia de la conducta todo aquello que no sea manipulable. Sería una explicación conductista muy poco rigurosa aquella que tuviera que incluir elementos no observacionales, como, *e.g.*, las post-imágenes. Se puede inclusive intentar establecer alguna conexión entre éstas y la conducta, a fin de mostrar que el conductismo abarca a toda clase de fenómenos psicológicos. En ocasiones, claro está, ello resulta demasiado forzado. De ahí que en el conductismo se tienda, en casos como en el de las post-imágenes, no tanto a negar la existencia de eso de lo que se habla, sino simplemente a excluirlo de los elementos que es preciso considerar y de los cuales hay que dar cuenta. Es en función del modo como quede articulada la teoría (dan ganas de decir: “dado el espíritu de la teoría”) que serán las leyes que se vayan descubriendo. Las leyes conductistas serán a menudo generalizaciones, las más de las veces obtenidas inductivamente, se les podrá asignar grados de probabilidad, etc. Dado el modo como el ser humano queda caracterizado por el conductismo, es normal que la psicología sea concebida como

una ciencia muy semejante a las ciencias naturales. Desde la perspectiva del conductismo, el ser humano puede ser tratado de modo abstracto como ser que actúa y reacciona (en los sentidos más amplios posibles), por lo que las leyes de esta teoría psicológica podrán revestir la forma de generalizaciones que pueden irse puliendo o mejorando paulatinamente.

Cuando pasamos a teorías como la del psicoanálisis, cambian nuestro modo de entender lo que son el rigor, la precisión, el éxito de una teoría, de una explicación, de una hipótesis. En este caso, la concepción de hombre y el modo de abordarlo impiden la elaboración de generalizaciones: el individuo es visto como una unidad acabada, total y diferente de cualquier otra. Los pasos que llevan a la salud mental de una persona no tienen por qué ser los que conducen a otros a la salud mental. Frente a una psicología que de modo explícito se ocupa de lo meramente observable y cuantificable, esta otra pretende estudiar y encauzar todo aquello que (se supone) no es observable en principio más que por el paciente. Esto no quiere decir que no haya “observaciones” de por medio, sino simplemente que se observa de otro modo. Por ejemplo, el paciente le cuenta su vida al doctor, es decir, le proporciona datos. Estos son integrados en una teoría (*i.e.*, una concepción de la persona) y después confrontados tanto con esta como con otros datos que el paciente mismo sigue proporcionando. Pero también en el psicoanálisis hay rigor: no se acepta acríticamente todo lo que el paciente dice, ya se hable de sus sueños o de su pasado remoto. Es así (por decirlo de alguna manera: indirectamente) como se observa en psicoanálisis. Nótese que no estamos aquí tratando de dilucidar el carácter de los conceptos psicoanalíticos (inconsciente, complejo de Edipo, represión, transferencia, etc.), sino simplemente de hacer notar que, una vez conformada la concepción de la persona (como ser sexual), la teoría tiene mecanismos que permiten, por lo menos en principio, ofrecer explicaciones, curaciones, diagnósticos, etc., tan rigurosos y exactos como los de cualquier otra ciencia, teniendo en cuenta, evidentemente, la complejidad *sui generis* de su objeto de estudio. Pero lo importante para nosotros es percatarnos de que lo que se considerará como una explicación rigurosa está fijado de antemano (*a priori*) por el modo como la teoría quedó articulada, y dicho modo es algo que varía de teoría en teoría. En otras palabras, los criterios de rigor serán necesariamente distintos en cada caso. El psicoanálisis, por ejemplo, incorpora una concepción de salud mental muy distinta de la conductista. El éxito en el psicoanálisis, por consiguiente, tendrá que ser concebido de otro modo a como se le concibe desde una plataforma conductista.

Los casos del psicoanálisis y del conductismo ponen de manifiesto un aspecto de la ciencia de la mente que o no existe en otras de sus ramas o por lo menos no es fácilmente detectable. Me refiero a la inclusión o incorporación, implícita las más de las veces, de valores, los cuales de modo inequívoco fijan estándares de perfección.

El punto importante en esto me parece a mí ser el siguiente: dichos ideales no emergen del psicólogo, del individuo concreto que aplica esta o aquella técnica psicológica, sino que brotan de modo natural de la teoría misma. El conductismo tiende a valorar cosas como rapidez de reflejos, velocidad en el aprendizaje, fuerza de retención, capacidad de asociación. De estas valoraciones implícitas en la teoría se deduce (o por lo menos permite construir) una cierta visión del ser humano ideal. Asimismo, desde el punto de vista del psicoanálisis es posible hablar de perversiones, de solución de conflictos, de sexualidad sana y exitosa, etc. *Ergo*, también el psicoanálisis comporta toda una serie de valores, los cuales constituyen una plataforma desde la cual se juzga al paciente. Pero nótese que esta plataforma axiológica proviene, de modo inequívoco, de los rasgos básicos del ser humano tal como éste es visto en el psicoanálisis. El que la psicología sea una ciencia que no es inmune al contagio axiológico hace que ella se preste al manejo ideológico (o por lo menos que no pueda neutralizarlo) y ello es algo que se ve con prístina claridad en los tipos de psicología desarrollados en distintas sociedades. En la sociedad occidental avanzada, la persona es vista y juzgada de modo natural desde la perspectiva del atomismo social, erigido por la todopoderosa propiedad privada: el individuo tiene éxito o fracasa en la medida en que realiza los valores del individualismo a ultranza. Dada la naturaleza social del individuo (es decir, el individuo también puede ser visto como ser social), es natural que la vida en sociedades así genere sistemáticamente cierta clase de conflictos. En sociedades en las que, por estar organizadas de otro modo, el individuo es visto ante todo como un ser comunitario, los problemas del individuo (en el trabajo, en sus relaciones personales, etc.) tenderán a adquirir otra forma, esto es, como una individualidad tal vez exageradamente minimizada. Lo que habría que entender es que hay opciones, sentimientos, decisiones, reacciones, etc., adoptadas por individuos de una sociedad y que son enteramente comprensibles dentro del marco de dicha sociedad pero que, no obstante, resultan absolutamente ininteligibles para personas (seres racionales) de otra sociedad. Ni siquiera la misma teoría, *e.g.*, el psicoanálisis, podría tener la misma aplicación dentro de marcos sociales muy distintos. (No hay más que pensar en lo diferentes que eran las relaciones padres-hijos en lo que era la Unión Soviética y lo que son en los Estados Unidos. El término teórico ‘complejo de Edipo’ no puede tener el mismo uso, puesto que su referencia varía considerablemente debido al cambio en su campo de aplicación.) No es mi objetivo tomar partido por una u otra versión de la persona. Lo que me interesa es más bien resaltar el que la psicología, que gira en torno a la persona, se funda en una concepción del ser humano que incluye de modo esencial valoraciones y que éstas cubren un rango bastante amplio, puesto que abarcan desde valoraciones individuales dentro de un marco social común hasta valoraciones que varían de marco social en marco social. Qué sea la persona independientemente de dichas valoraciones (y, por consiguiente, cómo sea la psicología a-valorativa) es algo acerca de lo cual no creo que se pueda decir

mucho.

He tratado de hacer ver que hay una conexión fuerte entre el lenguaje natural y el lenguaje de la psicología. En gran medida a esto se debe que la psicología no haya rebasado, en la medida en que lo ha hecho la física, el plano del sentido común y que, por consiguiente, pueda seguir hablándose de psicología popular (*folk psychology*). En esto se funda mucha de la confianza de los filósofos para hacer filosofía de la psicología: dado que no se alteran esencialmente los conceptos, se puede seguir divagando cómodamente sobre temas de psicología (se habla entonces de psicología racional, de filosofía de la mente, de psicología filosófica, etc.). Sin embargo, esta libertad de acción intelectual se ve seriamente limitada cuando se rebasa el nivel del sentido común y se pretende debatir un tema apelando a una noción que, de hecho, ha quedado redefinida. Esto sucede cuando nuestro concepto de arranque (*e.g.*, el de memoria) es empleado en el contexto de una disciplina que le da un empleo radicalmente diferente al que estamos acostumbrados. Así pasa con la medicina y, más especialmente, con la neurofisiología. Intentaré más abajo dar expresión a un par de pensamientos en relación con el delicado tema de las conexiones conceptuales intradisciplinarias, pero antes quisiera decir unas cuantas palabras acerca de la clase de conocimiento y explicación que nos proporciona la psicología.

Puede sin temor afirmarse que son muchas las cosas de las que se ocupa la psicología. El psicólogo estudia, por ejemplo, vivencias, facultades, reacciones, estructuras mentales, etc. Consideremos el caso de las facultades y, en especial, el caso de la memoria. Es obvio que hay teorías psicológicas de la memoria (toda una gama), pero también lo es el que hay teorías fisiológicas de la memoria y hasta podemos hablar de una teoría de la memoria procedente del área de la computación y de las ciencias cognitivas. Desde nuestro punto de vista, esto es, para la filosofía, lo importante de la memoria es que proporciona conocimiento de una clase especial, a saber, de lo pasado. No es este el lugar ni el momento para enfrascarnos en una discusión con el escéptico, por lo que sencillamente asumiré que hay tal cosa como conocimiento de objetos, eventos, hechos, etc., que ya no existen y que (independientemente de cómo se interprete lo que voy a decir) son recuperados por o gracias a la memoria. Nuestra pregunta es más bien la siguiente: asumiendo que hay tal cosa como conocimiento mnémico ¿qué clase de conocimiento y de explicación nos proporciona una teoría psicológica acerca de la memoria?

En vista de que el trabajo en psicología es de carácter empírico, las teorías de la memoria que en ese ámbito tenderán a desarrollarse serán teorías ligadas a o conectadas con teorías del aprendizaje. En una ciencia empírica hay que hacer experimentos, ya sea que se haga con ratones, con ranas o con humanos. Hay toda

una variedad de tests para medir la rapidez, la fidelidad, etc., de la retención de situaciones o imágenes y tener de este modo una idea de ciertas características de la memoria de un sujeto o de una especie. Se pueden emplear toda clase de estímulos, tanto placenteros como dolorosos, para medir su memoria así concebida. Es claro, además, que el psicólogo no tiene otro acceso a la memoria de su paciente que no sea el representado por su conducta. Se supone también que lo que el psicólogo nos da será una explicación de orden causal (envuelta quizá en terminología del cálculo de probabilidades). Pero aquí un filósofo de *F-I* puede de inmediato preguntar: ¿no es acaso intuitivamente obvio que si esto es todo lo que el psicólogo nos puede dar en relación con la memoria hay algo esencial que está faltando en su explicación o, mejor dicho, en la clase de explicaciones que él puede generar? ¿No está uno tentado a decir que lo más que él puede hacer es estudiar las manifestaciones de la memoria, pero que ello no es realmente dar cuenta de esta última? Por otra parte, un adversario filosófico (igualmente de *F -I*) puede contraatacar preguntando cosas como: ¿no estudia el psicólogo única y exclusivamente lo que es estudiable y, por consiguiente, no es hablar de la memoria en cualquier otro sentido simplemente inventar un mito? ¿No habría que aceptar con él que si pretendemos hablar de la memoria en cualquier otro sentido no hay una ciencia posible de ella?

Es mi convicción que la estrategia a seguir es la de optar por hacer filosofía *F-2*, suponiendo para ello desde el inicio que con lo que aquí nos las habemos es con una confusión, más que con un problema real. Desde esta perspectiva, parece evidente (si algo puede haber evidente en estas discusiones) que el problema surge por el hecho de privilegiar un uso particular de la palabra ‘memoria’, esto es, un concepto de memoria. La realidad, sin embargo, es que tenemos más de uno. Para aclarar esto me permitiré servirme de algunos resultados de Norman Malcolm, si bien diré desde ahora que no es mi propósito reconstruir aquí en detalle la argumentación que a ellos conduce. Ahora bien, en su excelente trabajo “Three Forms of Memory”,² Malcolm muestra de modo muy persuasivo que podemos hablar de por lo menos tres clases o formas de memoria, que son:

- a) memoria factual
- b) memoria personal o vivencial
- c) memoria de imágenes.

En su artículo, Malcolm argumenta con fuerza en favor del punto de vista (que yo considero acertado) de que, contrariamente a lo que en general se supone (Aristóteles y Russell son buenos ejemplos de ello), la forma básica de memoria es la memoria factual, esto es, la expresada por medio de locuciones de la forma ‘A

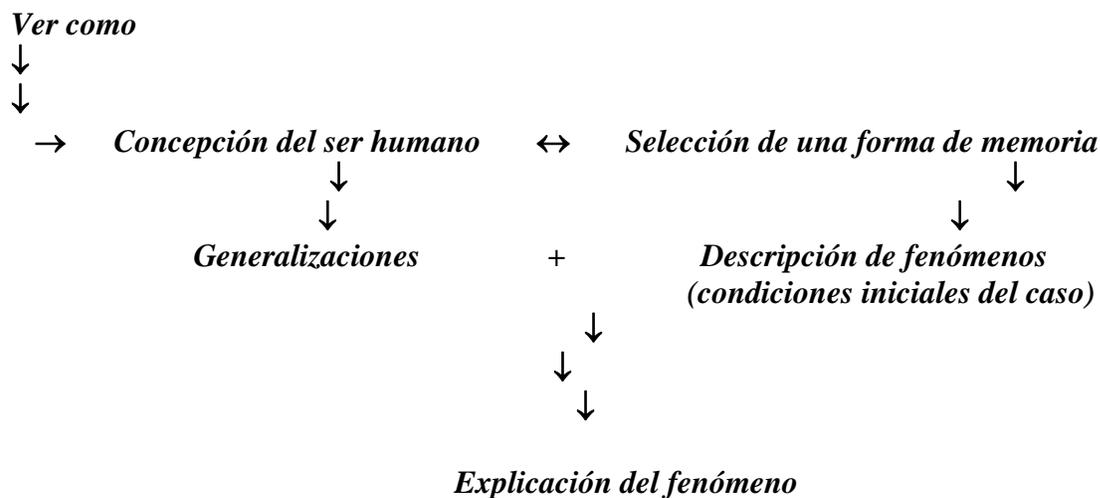
² N. Malcolm. “Three Forms of Memory” en *Knowledge and Certainty* (Ithaca/London: Cornell University Press, 1963).

recuerda (se acuerda de) que p' . La característica primordial de esta clase fundamental de memoria es que presupone el uso del lenguaje. Es relativamente fácil hacer ver que efectivamente esta clase de memoria es la más básica, puesto que es lógicamente independiente de las otras dos, en tanto que la inversa no vale. En particular, la memoria de imágenes queda descartada como la clase de memoria fundamental, puesto que para que funcione es preciso poder identificar y reidentificar las imágenes como las de algún objeto conocido en el pasado y estas identificaciones no se pueden efectuar sin el recurso al simbolismo. Asumiendo, en aras de la exposición, que los resultados de Malcolm son válidos, es preciso extraer una sorprendente conclusión, a saber, que las explicaciones psicológicas se ocupan, sobre todo, de las memorias vivencial y perceptual pero, curiosamente ¡no de la fáctica! Obsérvese que la memoria de los psicólogos experimentales es aquella que es tan atribuible a animales como al hombre, por lo que la primera clase de memoria (que es fundamental) tiende a caer fuera de su rango de acción. Pero entonces sí estamos en posición de entender qué clase de explicaciones nos dan los psicólogos: todo dependerá de que comprendamos qué faceta del concepto normal de memoria tienden a favorecer o a privilegiar. El psicoanálisis, por ejemplo, se interesa más por la memoria que Malcolm llama 'personal' (que yo prefiero llamar 'vivencial'), en tanto que los conductistas naturalmente valoran más la tercera de las formas de memoria mencionadas, puesto que esto facilita la formulación de hipótesis y leyes de tipo observacional. Pero, una vez más, es importante percatarse de que estas preferencias no responden a caprichos de los psicólogos ni son arbitrarias, sino que se derivan de compromisos conceptuales, teóricos y metodológicos de las diferentes escuelas. Pero entonces preguntémosnos: ¿tiene sentido hablar de La Teoría de La Memoria (de la percepción, de las emociones, de los sentimientos, de la personalidad, etc.), como si nada más una fuera en principio posible o sólo una fuera la verdadera? Creo que disponemos ya de elementos para dar a esta pregunta una rotunda contestación negativa.

Si el cuadro que he pintado de las teorías de la psicología es aceptable, ¿qué podemos decir acerca de las explicaciones que la psicología nos da? Lo primero que hay que observar es que, si queremos legitimizar las pretensiones de cientificidad de la psicología, es preciso hacer de ella una ciencia que nos ofrece explicaciones causales, aunque aquí habría que admitir que puede haber distintas nociones de explicación causal. En primer lugar, y como es bien sabido, una explicación causal es una deducción lógicamente correcta a partir de dos clases de enunciados: enunciados generales (nomológicos) y enunciados referentes al caso particular. Es obvio que estas dos clases de enunciados están presentes en las explicaciones de la psicología, si bien sería conveniente no ignorar ciertos matices que contribuyen a alterar la escueta definición tradicional. Por ejemplo, las leyes generales pueden ser inducciones, correlaciones, generalizaciones, etc. (*e.g.*, dada tal y cual intensidad de

corriente eléctrica, el número de saltos que dará el animal será X), o bien puede presentar más bien los rasgos de una concepción *a priori* (por ejemplo: tres son los deseos innatos de todo hombre: incesto, canibalismo y parricidio). Esas diferencias se explican en función de la clase de concepción del hombre de la cual se parta, de cómo se vea al hombre, de cómo haya quedado éste concebido (o conceptuado). Pero una vez reconocidas estas distinciones, el modelo nomológico-deductivo parece funcionar igualmente bien para la psicología que para la física, por lo menos para ciertos fines. Es, no obstante, particular de la psicología el interesarse más que por clases de eventos, cosas, hechos, etc., por individuos concretos, por tal o cual persona. En este sentido, la psicología es claramente una ciencia humana, social e histórica.

Tal vez sería útil ilustrar esto que acabamos de decir con lo que se dijo más arriba acerca de la memoria. Debe ser posible hablar de, por ejemplo, una explicación conductista de carácter causal de fenómenos mnémicos (lo mismo vale para las explicaciones generadas por otras escuelas o teorías psicológicas). Me parece que el siguiente cuadro da una idea de lo que hemos estado diciendo:



Hay, pues, un sentido en el que las explicaciones de la psicología son explicaciones causales, por más que en última instancia se funden en una intuición (ver como) y en la selección de un rasgo particular de un concepto que emana o brota del lenguaje natural. Un caso particularmente interesante es el de los estudios que, siguiendo con nuestro ejemplo de la memoria, hacen los neurofisiólogos, entre otras razones porque a menudo se tiene la impresión de que son sus teorías las que realmente podrían revelarnos su esencia. Esto es, creo, una confusión seria, de la cual nos ayudan en parte a salir las aclaraciones de Malcolm. Como vimos, las descripciones psicológicas de situaciones de memoria se fundan en nuestro concepto

normal y privilegian a una de sus facetas. Pero obsérvese ahora que inevitablemente los neurofisiólogos hacen lo mismo, es decir, construyen muy elaboradas descripciones en la que se emplean de modo conjugado nuestro concepto usual de memoria (en toda su complejidad y privilegiando alguno o varios de sus aspectos, esto es, los que mejor se prestan a la clase de trabajo que ellos desarrollan) con su propio vocabulario técnico. La diferencia entre lo que ellos hacen y lo que hacen los psicólogos es que para sus descripciones los primeros emplean su propio vocabulario *ad hoc*, el cual tiene otra gramática. Esto da lugar a un panorama extremadamente complicado. El neurofisiólogo no ve seres humanos: ve organismos, es decir, cuerpos cuyos movimientos pueden ser en gran medida estudiados mecánicamente. Esto permite el desarrollo de teorías semejantes a las de las ciencias más avanzadas. Las teorías de los neurofisiólogos incorporan un lenguaje teórico, *ad hoc*, artificial, etc., que no proviene (por lo menos directamente) del lenguaje natural en uso. Por consiguiente, lo que el neurofisiólogo (que también es un usuario normal del lenguaje natural) hace (o mejor dicho, tiene que hacer) es redefinir nuestro concepto normal de memoria o, si se prefiere, construir uno nuevo, relacionado claro está con el concepto-madre original. Ahora bien, es obvio que esta creación conceptual tiene que ser de alguna utilidad en la clase de investigación que él lleva a cabo. No podrá, pues, sorprendernos el que esto genere un sinnúmero de complicaciones conceptuales y de incompreensión (se sigue usando la misma palabra, pero se le da un empleo muy diferente), las cuales son las más de las veces imperceptibles y, cuando no lo son, son difíciles de enunciar. Intentemos poner esto en claro.

El neurofisiólogo trata de describir el funcionamiento del sistema nervioso (en especial del cerebro) y, siguiendo con el caso de la memoria, su ambición es encontrar en su descripción un lugar para la aplicación del concepto de memoria. Para que esto ocurra es casi obligado efectuar lo que podríamos llamar una aplicación “geográfica” o espacial de su concepto. Así, desde su perspectiva será natural hablar de la memoria como ubicada en alguna parte. De otro modo no tendría el menor sentido para él desarrollar una “teoría de la memoria”. En la medida en que esto es factible hacerlo (*i.e.*, hacerlo con éxito), se nos revela que alguna conexión importante se puede en principio establecer entre la experiencia, la conducta y el sistema nervioso (así como entre sus respectivos lenguajes), pero la articulación de estas conexiones engendra algo casi totalmente nuevo y que sólo por ciertas semejanzas puede seguir siendo llamado ‘memoria’. Los nuevos conceptos de la neurofisiología están sujetos a asimetrías de diversa índole. Por ejemplo, el trabajo del neurofisiólogo le permitirá decir de una persona con un cerebro mutilado o dañado que carece de memoria (*i.e.*, podrá derivarse la descripción de una conducta anormal, independientemente de cuál sea el parámetro con que ésta se mida, a partir de la descripción de la memoria cerebral), pero también es claro que

de la descripción de cerebros sanos (normales) poco o nada se podrá inferir respecto a eso que llamamos ‘conducta de memoria normal’ y que puede ser de interés para el psicólogo o el psicoanalista. Las distinciones del psicólogo son irrelevantes para el neurofisiólogo, y a la inversa. Cualquier usuario normal del lenguaje de hace 5000 años sabía lo que era “tener una buena memoria” aunque, naturalmente, no tenía ni la más remota idea de lo que acontecía en el cerebro. En otras palabras, de lo que carecía era del concepto neurofisiológico de memoria. El neurofisiólogo nos habla no de, *e.g.*, memoria visual y auditiva, factual o personal, sino de secciones del cerebro y de su funcionamiento, es decir, de las bases neurofisiológicas de la memoria. Todo esto está muy bien, siempre y cuando no confundamos los objetivos del neurofisiólogo con los del psicólogo y pensemos que los problemas de uno los puede en principio resolver el otro. Confusiones como estas llevan a absurdos como los encarnados en teorías filosóficas como la famosa teoría de la identidad, de acuerdo con la cual se llega a adscribirle al neurofisiólogo la insensata aspiración de darnos una teoría física de fenómenos que no son físicos, sino esencialmente psicológicos. Esto me lleva a hacer una última observación: el enfoque y la concepción que favorezco permiten, creo yo, comprender por qué, por ejemplo, sería totalmente absurdo intentar elaborar una teoría neurofisiológica de los sentimientos o del pensamiento (no así de las sensaciones, como bien lo prueba la psiquiatría). Los sentimientos son estados psicológicos que no se prestan al trabajo neurofisiológico de la ubicación cerebral (¿no es acaso sencillamente absurdo afirmar cosas como ‘tengo un sentimiento muy especial en la cabeza’? En todo caso se podría decir eso del corazón). De los sentimientos, por consiguiente, sólo podemos tener teorías psicológicas, en el sentido que he tratado de esclarecer en este trabajo. Esto, empero, no es ninguna señal de misterio, sino una simple consecuencia de la gramática de nuestros conceptos psicológicos.

En concordancia con todo lo que he dicho, creo que se puede afirmar que la psicología es, ante todo, un síndrome de técnicas de comprensión y tratamiento de las personas, erigido sobre facetas seleccionadas de nuestros conceptos. Wittgenstein, atinadamente, dice que “Los verbos psicológicos ver, creer, pensar, desear, no significan fenómenos (apariencias). Pero la psicología observa los fenómenos de ver, creer, pensar, desear”.³ De lo que Wittgenstein afirma se sigue que eso que podríamos llamar “fenómenos de pensar”, por ejemplo, es en realidad un conglomerado con bordes amorfos, aparte de que excluye la legitimidad del discurso acerca de la “experiencia” del pensar, el creer, etc. Dichos fenómenos no son experimentables, pero sí son en cambio observables. Para que el psicólogo pueda estudiarlos es preciso, entre otras cosas, que sean expresados y el modo paradigmático de expresar algo es por medio del lenguaje. La psicología es, pues,

³ L. Wittgenstein. *Zettel* (Oxford: Basil Blackwell, 1967), sec. 471.

una ciencia en la que, más quizá que otras, la menor distorsión del lenguaje humano no puede sino conducir a incomprensiones definitivas y a engendrar errores sin fin.